

AL INTERIOR
ESTADO DE GUAYMALTO
CUNA DE LOS HEROES DE 1810
Y TIERRA DE LOS MARTIRES DE 1821
DE LA
INDEPENDENCIA MEXICANA
CONSTITUCION
El prólogo de un gran libro
LAS LECTURAS HISTORICAS DE ESTE LIBRO
JUAN ANTONIO MATOS
MCMXXIX

PARTE PRIMERA.

El prólogo de un gran libro.

INTRODUCCION.

LA PRIMERA PÁGINA.

I.

Hace mas de un siglo que en la Provincia de Guanajuato y hácia las llanuras bellisimas de Pénjamo, en cuyos limites serpean las transparentes aguas del TURBIO deshaciéndose en olas cristalinas que riegan las márgenes floridas, en el lujo de una naturaleza salvaje y exhuberante, se extendian en aquella época los pintorescos caseríos cuyos nombres conserva solo la tradicion.

Al sur de la *hacienda* llamada *Casco de Corralejo*, entre la margen oriental del *Turbio*, y la *hacienda* de *Cuitzeo de los Naranjos*, existia el rancho de *San Vicente*.

Un viejo y honrado campesino llamado Antonio Gallaga era el dueño de aquella *ranchería*, y en ella habian nacido tres hermosas niñas, una de las cuales era sobrina de don Antonio.

Por aquellos tiempos se hacia célebre por su lujo y ostentacion, don Cristóbal Hidalgo y Costilla, jóven mexicano, que

despues de una vida borrascosa en la capital de la Colonia, se habia refugiado en San Vicente, hacienda encargada á su administracion.

La comarca de Pénjamo entró en movimiento con la llegada del *cortesano*, y las diversiones se sucedian continuamente, siendo el héroe de todas ellas Cristóbal Hidalgo, famoso por su proverbial galantería.

Las viejas devotas de Pénjamo se ponian á rezar cuando Cristóbal aparecia con la música del pueblo, armando algazara por las calles á deshoras de la noche.

La ronda se unia al calavera y su carpanta de amigos, y el alcalde se daba por satisfecho con que gritasen á sus ventanas ¡viva el señor alcalde! ¡viva el justicia de Pénjamo! ¡viva la señora alcaldesa!

La alcaldesa sacaba algunas botellas de Jerez, Cristóbal le dirigia una arenga y seguia la jarana hasta el amanecer, en que toda aquella multitud se santiguaba devotamente al oír el toque del *Ave María*.

Hidalgo era rico y muy guapo, lo que traia inquieto al sexo hermoso de la comarca, que á fuer de historiadores decimos que era encantador, porque la provincia de Guanajuato ha sido siempre mas rica en la belleza espiritual de sus hijas, que en el oro de sus entrañas.

Cristóbal, como era natural, amaba á todas las muchachas, que se manifestaban desconfiadas con el carácter voluble del galanteador.

Los amigos del nuevo don Juan, aseguraban que tenia una novia en cada *ranchito* y que si no fuera cristiano tan conocido pasaria por un sectario de Mahoma.

Punto de honor se hizo en Pénjamo y sus alrededores la conquista de aquel corazon, que viraba á cada soplo de viento, es decir, á cada mirada de unos ojos húmedos y brillantados.

Cuando en un baile se veia á Cristóbal apasionado, rendido y haciendo mas protestas que un relapso delante de la hoguera,

todos movian la cabeza en son de duda y compadecian á la paloma que se rendia al ardor violento de sus amores.

Ya el señor cura habia reñido en el confesonario á varias niñas que en medio de suspiros y puntos suspensivos, confesaban estar flechadas por las palabras insinuantes del jóven calavera; pero la voz del señor cura se alzaba hasta las bóvedas de la iglesia (que en tela de verdad no estaban muy altas) cuando alguna jamona referia algo que hacia electrizar al párroco, siempre con referencia á don Cristóbal: poco despues se las veia puestas en cruz, cumplir la *penitencia*.

Habia algunas sentenciadas á entrar de rodillas al templo, y otras á darse tres ó cuatro docenas de disciplinazos, por haber tenido pensamientos obtusos.

Las muchachas ponian en juego todos sus encantos para atraerse á Cristóbal, que consumaba desercion á la hora en que la situacion se hacia difícil y sacaba el cuello al lazo matrimonial con un tacto exquisito.

Aquella tempestad debia parar en catástrofe, y la nave del solterismo rota y despedazada tendria que pedir socorro para llegar al puerto.

Ocurriósele á Cristóbal anunciar que estaba determinado á contraer matrimonio con una hija de la comarca, y que su enlace lo verificaria luego que tuviese novia.

Este edicto fué publicado por las trompas de la fama, es decir, por todos los habladores del pueblo, amigos y enemigos de don Cristóbal.

Cañonazo de leya fué aquella noticia, todo el sexo hermoso se puso en tren de batalla, los enamorados ordenaron reclusion á sus novias, que no dejaron por eso de asomarse á sus ventanas y concurrir á la misa mayor, compuestas como un *veintisiete*.

Cristóbal era un buen partido por su honradez, y sobre todo por su riqueza.

Paróse el jóven en la puerta del templo un domingo á la ho-

ra de la misa mayor, entre el círculo de sus amigos, y comenzó á decir *sotto voce* á cada muchacha que pasaba los sagrados umbrales:

—Esa me conviene, tiene los piés pequeños como los de una mosca.

—No, esta es mas hermosa, sus ojos son dos soles.

—No, no, no, esta, esta sí que será mi novia, la cintura es de avispa.

—Me decido por esta otra, ¡que cuántos tan hermoso!

—Esta sí, que sí, la dentadura me ha dejado medio muerto.

—No, me arrepiento, no habia visto á esta con los brazos redondos como unos bolillos y blancos como una azucena.

—Señores! señores! es negocio concluido: ha llegado la reina; pero no, la otra, no, no, esa, aquella, la de mas allá.... está visto, todas me gustan, soy muy desgraciado!

Cristóbal tenia razon; á la hora de escojer, las excluidas parecen siempre mas hermosas; no habia remedio, la casualidad decidiria aquel problema.

II.

Don Antonio Gallaga preparaba al jóven un gran convite en *San Vicente*, sus hijas tenian deseos vehementes de conocer á Cristóbal, cuya fama habia llegado hasta el caserío, en boca de las viejas que acarreaban chismes semanariamente.

La sobrina de don Antonio, llamada Ana María, aunque era muy considerada, se le tenia como huérfana, y en esa situacion se le destinó á servir las viandas á la hora solemne de la comida.

Desde muy temprano las jóvenes amas se pusieron de perilla en pendon, acumulando sobre su personalidad cuantos adornos y composturas tuvieron á mano y enviaron á buscar á la única tienda de Pénjamo.

Cuando salió el sol ya las hijas de Gallaga no tenian un solo objeto de compostura que no estuviese en su tocado.

Mucho habia costado á don Antonio comprar las telas venidas en la Nao de China para vestir á sus hijas, los zapatos de *palillo* eran carísimos por la escasez de artistas, sobre todo en aquellos lugares; pero al fin, las niñas estaban hechas unas cortesanas.

Eran las seis de la mañana y no se divisaba aún en el camino pasagero alguno ni cabalgata que revelase la aproximacion del convidado.

Las hijas de Gallaga se subian de continuo á la azotea á riesgo de despeinarse ó estropear sus vestidos, para *divisar* si era ya llegada la hora: exasperadas con tanta dilacion, enviaron á un criado por noticias y se sentaron al estrado para que don Cristóbal las encontrase de toda ceremonia.

Ana María salió de la casa y se dirigió á un arroyo, donde lavó las madejas profusas de su cabello y sumergió repetidas veces su rostro angelical, que tomó, con las linfas, la frescura de las rosas.

Lavó sus brazos torneados, y despues, poniendo en el declive del terreno sus piés desnudos, breves y delicados, corrió el agua sobre ellos, azotando dulcemente aquel alabastro surcado de venas azules y apagadas.

Sombreóse despues bajo los árboles del pequeño bosque, enortijóse su cabello en una cascada de ébano, que caía sobre su espalda, esparcida por el viento purísimo de la mañana.

Calzóse un zagalejo encarnado como las flores de la maravilla, puso al cuello una sarta triple de corales rojos como sus labios, asomóse á un remanso, donde apareció su bellísima imágen, se contempló un instante, y sonriendo con esa coquetería que acompaña á la mujer al despertar á sus primeros sueños, se alejó llevando unas rosas que cortó á su paso.